

Castells, Manuel:
Ruptura. La crisis de la democracia liberal
Alianza Editorial, Madrid, 2018, 136 pp.

Manuel Castells, sociólogo de reputación internacional, ha publicado la segunda edición actualizada de una obra que conviene leer despacio. Más que nada porque de tener razón es muy posible —aunque desconozco si muy probable— que estemos ante el canto de cisne de los sistemas demoliberales tal y como los conocemos.

El libro se divide en cinco capítulos, más una introducción (“Nuestro mundo, nuestras vidas”), a los que se añade un apéndice donde nos explica que su *deformación* profesional le obliga a manejar los correspondientes datos y referencias bibliográficas de los que libera al libro pero cede a la Red para solaz del curioso (www.castellsruptura.alianzaeditorial.es).

En esa introducción de poético nombre Castells deja claro que “soplan vientos malignos en el planeta azul”, provenientes fundamentalmente de una enorme crisis del sistema político provocado por la ruptura de la relación entre gobernantes y gobernados (pp. 11 y 12). Buena parte de los nuevos liderazgos políticos, desde Trump hasta Macron, y buena parte de lo que está pasando en ese mundo demoliberal, desde España a Brasil pasando por Francia o América Latina, “son expresiones significativas de un orden (o caos) postliberal” (p. 12). El libro deja claro que trata de explicar las causas y consecuencias de esos modelos que hasta ahora habían sido “tablas de salvación para superar naufragios históricos de guerras y violencia” (p. 13).

En el primer capítulo (“La crisis de legitimidad política”), Manuel Castells recuerda que “la fuerza y la estabilidad de las instituciones dependen de su vigencia en las mentes de las personas” (p. 16). Lo que está ocurriendo, lo que ha ocurrido, se le antoja bastante claro: la formación de una clase política que trasciende ideologías y “cuida de su oligopolio” (p. 17). La decepción erosiona la legitimidad, la resignación da paso a la indignación, y se crea una situación en la cual se salva a bancos fraudulentos con dinero de todas y de todos a la par que se recortan servicios básicos. Queda el poder descarnado de que las cosas son así. Y poco más. Esa sería la situación en España, en Eu-

* Profesor Ayudante Doctor de Derecho Constitucional de la Universidad Complutense de Madrid.

ropa y en gran parte del mundo (p. 18) donde la inmensa mayoría defiende el ideal democrático pero se ha desengañado de esta forma de democracia liberal (p. 19). Aunque el establishment político hable de populismo a todas horas con la intención de denostar cualquier cosa que huela a alternativa o crítica, Castells recuerda la importancia de las emociones en el debate político actual. En ese sentido, argumenta que “las emociones colectivas son como el agua: cuando encuentran un bloqueo en su flujo natural abren nuevas vías, frecuentemente torrenciales, hasta anegar los exclusivos espacios del orden establecido” (p. 20).

Lo que el profesor Castells llama *las raíces de la ira* tienen todo que ver, a su parecer, con la crisis económica y con la gestión que se hizo de la misma desde lo público. Se sumaba desconfianza a desconfianza, con la suma a su vez de la galopante corrupción (“rasgo sistémico de la política actual”, p. 25). A lo cual no ayuda en nada esa lucha por el poder basada en la política mediática y la política del escándalo, dos constantes en nuestros sistemas. Y claro, partiendo de la base de que la política es sobre todo emocional, “como en un mundo de redes digitales en las que todo el mundo puede expresarse no hay otra regla que la de la autonomía y la libertad de expresión, los controles y censuras tradicionales saltan por el aire, los mensajes de todo tipo forman un oleaje bravío y multiforme, los *bots* multiplican y difunden imágenes y frases lapidarias por miles, y el mundo de la posverdad, del que acaban participando los medios tradicionales, transforma la incertidumbre en la única verdad fiable: la mía, la de cada uno” (p. 28).

A continuación viene el que quizá sea el apartado más breve del libro, el capítulo 2, donde Manuel Castells analiza el “Terrorismo global: la política del miedo”. De nuevo las emociones toman el mando. El miedo en este caso. Porque donde hay miedo “surge la política del miedo” (p. 29). Conviene tener en cuenta que uno de sus *leit-motiv* lo enunció el mismísimo Bin Laden, recordando que mientras los mártires no tienen miedo a la muerte nosotros los occidentales nos aferramos a la vida (p. 31). Es escalofriante la reseña de la investigación de Khosrokhavar, quien se entrevistó con cientos de jóvenes radicales en las cárceles francesas y sacó como conclusión que su hastío vital y el vacío de sus vidas eran el carburante de su odio y de su proceder (hartos de “la lucha cotidiana por sobrevivir en la nada y para nada”, p. 33). Manuel Castells hace algunas referencias a las consecuencias del terrorismo que venimos sufriendo. Y es que el terrorismo islámico global ha llegado para quedarse entre nosotros y la represión policial podrá castigarlo y atenuarlo, pero no detenerlo. Es más, ese estado de emergencia permanente que parece haberse instalado en nuestras democracias liberales —recordemos a ese Ejército francés patrullando las calles galas— “justifica en el imaginario colectivo la restricción sistemática de las libertades civiles y políticas, creando una amplia base social para la islamofobia, la xenofobia y el autoritarismo político” (p. 34).

El siguiente capítulo es el más prolijo y probablemente el más interesante de la obra. En el capítulo 3 el profesor Castells analiza “La rebelión de las

masas y el colapso de un orden político”, donde documenta y argumenta que las masas se rebelan apoyando discursos anti-élite porque tienen miedo; y ese miedo les lleva a replegarse dentro de las fronteras de la Nación. Como el propio autor expresa de manera muy gráfica: volver al Estado, volver a la Nación, volver a la familia patriarcal, volver a Dios... “La nueva legitimidad funciona por oposición” (p. 36).

El autor considera que existen diversos hechos que se explican precisamente a través de ese principio. Y eso hace en las páginas siguientes, con especial dedicación al fenómeno Trump (un análisis especialmente minucioso y razonado que merece mucho la pena); al Brexit (otro tanto); a la desunión europea (con las tensiones intrínsecas derivadas de la crisis económica, unidas a la falta de una identidad europea, la falta de un proyecto común auténticamente democrático y la crisis migratoria); y a la desintegración súbita del sistema político francés (quien confió a Macron la salvación de Francia y de la UE y no parece que haya ocurrido ni lo uno ni lo otro); en el fondo, aunque cada uno de los procesos goza de su propia idiosincrasia y tiene factores que merecen el análisis pormenorizado que el autor realiza, la conclusión de Castells es clara: la contradicción entre globalización e identidad (pp. 82 y ss). De dicha contradicción, agudizada en los últimos tiempos, tenemos una crisis estructural por un lado y un bloqueo institucional por otro, con unas élites centradas en seguir siéndolo y una ciudadanía entre fatigada, asqueada y dolida. Será precisamente de todo esto donde surjan los movimientos sociales autónomos, explorando nuevas formas de acción colectiva que en España han tenido bastante que decir en los últimos tiempos.

El título del capítulo 4 es elocuente y ampliamente descriptivo: “España: movimientos sociales, fin del bipartidismo y crisis del Estado”. El análisis vuelve a ser lúcido y comprometido, sin dejar nada en el tintero, aunque contiene alguna afirmación que podría ser discutible.

El apartado comienza recordando el que viene a ser uno de los pecados originales: esos “acuerdos constitucionales de una transición en la que los poderes fácticos vendieron cara su renuncia al poder dictatorial”. Y claro, al convertirse “la tan anhelada democracia [en] partidocracia”, el sistema derivó en una constante *fiesta de la corrupción*, lo cual no hizo sino contribuir en aumentar paulatinamente la desconfianza en los partidos políticos, que ulteriores pero recientes hechos como la reforma del artículo 135 de la Constitución no hicieron sino confirmar (pp. 86 y 87). O sea: crisis de legitimidad política, crisis social, altísimas tasas de paro. Y en todo ese vacío surgió el movimiento del 15-M. A partir de ahí, Manuel Castells enlaza con ritmo las amplias y profundas transformaciones que nuestro sistema ha observado. El nacimiento y crecimiento de Podemos, trayendo la nueva política; la ruptura del bipartidismo y su mutación en cuatripartidismo. De las resistencias del *establishment* a esos cambios (de nuevo el miedo, p. 99), desde donde se promocionaba la “Gran Coalición” y se intentaba arrumbar a Pedro Sánchez (anécdotas jugosas las que relata Castells en relación con su intento de defenestración gestado en

un conocido restaurante zamorano, así como en el retiro *espiritual* californiano del hoy Presidente del Gobierno en el que el propio autor fue consejero más o menos casual, p. 108).

Después llega el que podríamos considerar el apartado más polémico del capítulo, rotulado “La cuestión catalana y la crisis del Estado español”. El análisis no duda de tildar a Ciudadanos de “partido nacionalista español de extrema derecha”, en lo que es casi con toda seguridad una errata (entre otras cosas porque se refiere bastantes veces más a la formación naranja y en ninguna de ellas lo hace en esos términos). Según Manuel Castells, “la raíz de la crisis institucional del Estado español en 2017 reside en los defectos de origen de la Constitución de 1978”, puesto que fue “vigilada y condicionada por las estructuras del Estado franquista, en particular por el ejército, poder fáctico, y por el rey, que encarnaba un proyecto legitimador de la sucesión del dictador, intentando resituar la monarquía en el contexto democrático de Europa” (pp. 114 y 115).

Haciendo un repaso que llega hasta nuestros días, el autor se detiene en el famoso Estatut y en todo lo que vino después, puesto que a su juicio se perdió “esa oportunidad histórica de hacer de España un país moderno y tolerante, más allá de la obsesión de Franco y del absolutismo íntimo de Juan Carlos I” (p. 118). Con un independentismo cada vez más radicalizado, y con partidos que nunca lo fueron jugando al juego por réditos electorales, con la nueva izquierda defendiendo la plurinacionalidad y con la derecha basada en “el centralismo de matriz castellana”... En fin, el actual Estado español, entronizado en una monarquía incapaz de expresar una realidad plurinacional y desvirtuado por la corrupción de una derecha que aún controlan los poderes fácticos, vive al borde de una crisis constitucional que podría poner en peligro la convivencia ciudadana” (p. 121). Con todo, frente a la salida de la crisis tal y como propone el populismo de extrema derecha, la experiencia española demuestra que existe otra vía: “una política transformadora capaz de responder al deterioro democrático con nuevas propuestas de participación política y autonomía con respecto al poder financiero y mediático” (p. 123).

El capítulo 5, “En el claroscuro del caos”, Manuel Castells aboga por pensar si esa nueva política puede reemplazar a “la obsoleta democracia liberal” (p. 125). Porque “lo utópico es pensar que el poder destructivo de las actuales instituciones puede dejar de reproducirse en nuevas instituciones creadas a partir de la misma matriz” (p. 128). Así que “podríamos experimentar y tener la paciencia histórica de ver cómo los embriones de libertad plantados en nuestras mentes por nuestra práctica van creciendo y transformándose. No necesariamente para construir un mundo nuevo. Sino, tal vez, para configurar un caos creativo en el que aprendamos a fluir con la vida en lugar de apresarla en burocracias y programarla en algoritmos” (p. 128).

Como suele suceder, el resumen que se ha hecho en líneas anteriores no hace justicia al esfuerzo del autor, por más que eso sea lo que se ha intentado. Lo mejor es que la lectora y el lector acudan a sus páginas y se dejen acompañar en

un viaje altamente estimulante en lo intelectual del que no saldrán indemnes.

Por lo demás, dejamos un par de reflexiones para el debate.

Por un lado, el libro es un libro de diagnósticos, siendo comedido en los pronósticos. Eso creo que es de agradecer. Más que nada porque una autoridad intelectual como Manuel Castells sabe lo complicado que resulta hacer predicciones y futurología, especialmente a la luz de los datos que él conoce y estudia con solvencia y profundidad.

Por otro lado, el libro deja poso aunque con una sensación ambivalente. Las preguntas que surgen no son cualquier cosa. ¿Estamos viviendo el ocaso de la democracia liberal? Si esto es cierto, ¿será para bien o para mal? Es verdad que en este tipo de debates seguimos un tanto atrapados por el paradigma de “lo que sucedió” en el siglo XX: al mirar por el retrovisor nos damos cuenta de lo que el propio autor nos recuerda: que “la destrucción de un Estado para crear otro lleva necesariamente al Terror” (p. 128) y en consecuencia el escenario que se viene a la imaginación es el del advenimiento de posibles totalitarismos. De ahí el desasosiego.

Pero también una cierta esperanza. Porque precisamente el análisis de Castells demuestra que todavía queda margen para la acción, para construir, tejer, negociar, debatir, acordar. Para que de veras se insuffle nuevos aires y nuevos bríos a nuestros sistemas demoliberales.

Ojalá sepamos hacerlo.